



R. Monzon

# LA RAMA y EL PINO

## Lo pagano y lo cristiano en el folklora canario

**E**l verano es en Canarias una eclosión de fiestas populares. San Antonio, San Juan, Santiago, el Pino... La mayoría de estas fiestas tienen en su origen una dimensión religiosa y se corresponden en sus fechas de celebración con el santoral cristiano. Pero se conservan algunas que poseen una raíz aborígen. En Gran Canaria, la tradición prehispánica ha cristalizado en la fiesta de la Rama, que tiene su más brillante celebración en la villa de Agaete. Según las crónicas, la Rama era una mágica invocación a la lluvia: "Cuando faltaban los temporales -escribió Abreu y Galindo-, iban en procesión, con varas en las manos, y las magadas con vasos de leche y manteca y ramos de palmas. Iban a estas montañas (se refiere a Tirma y Humiaga), y allí derramaban la manteca y leche, y hacían danzas y bailes y cantaban endechas en torno de un peñasco; y de allí iban a la mar y daban con las varas en la mar, en el agua, dando todos juntos una gran grito". De la antigua celebración se olvidó el ofrecimiento de leche y manteca que hacían, según parece, las harimaguadas, mientras que pervivió la costumbre de llevar, danzando, las ramas que invocaban a la caída de la lluvia.

De aquella fiesta de la Rama, tal como la describía un hombre que escribió un siglo después de concluida la conquista, hasta la que modernamente conocemos, va mucho trecho; el que existe entre la prehistoria y el siglo XX. Por más que lo deseemos, y lo deseáramos mucho, hoy no podemos invocar a la lluvia acariciando con ramas o varas la orilla del mar. El sentido mágico de la fiesta -es decir, su auténtica raíz- desapareció con sus primeros protagonistas. No podemos resucitar el pensamiento mágico, como no podemos resucitar a las harimaguadas. Pero ha pervivido en parte su entraña popular: el espíritu colectivo, el espíritu del pueblo que se asocia y se confunde en la fiesta, que en la Rama puede alcanzar un sentido animista: una generalización del alma popular entre los participantes. Aún lejos de defender una mística del pueblo, pensamos que en la Rama ese espíritu colectivo se manifiesta en la danza, en el ritmo singular que sostienen

los participantes, agitando las sencillas varas con los brazos alzados. Hay como un intemporal momento de trance en ese ritmo mantenido, que tiene sus formas propias y que le preserva un auténtico sentido de fiesta popular, en tanto que un verde már de ramas ondea con planteamientos decorativos que sustituyen a los míticos de otros tiempos.

En esto vemos el sentido actual de la Rama. Lo demás, lo de la excesiva afluencia de gente -la presión demográfica brota por todas partes-, lo de algunas gamberradas o el excesivo consumo de alcohol son aditivos que no pueden desvirtuar la fiesta popular y que podrían corregirse si la gente toma general conciencia de la identidad del festejo. Se nos ocurre al respecto que una plástica escenificación de la Rama aborígen, con sus harimaguadas, danzas y endechas, contribuiría a proporcionar una más nítida identidad al festejo, al tiempo que sería un hermoso espectáculo con el que simbolizar la fiesta. Ballets y agrupaciones folklóricas locales podrían protagonizar una exteriorización mítica, a partir de la cual la fiesta desarrollaría todo su sentido popular.

Hasta aquí la Rama, la fiesta aborígen. La fiesta pagana. El Pino es otra cosa. Es la más importante representación de la fiesta religiosa, de la fiesta que surge en Canarias a continuación de la conquista europea y cristiana. Como en la Rama, también hay ofrenda; los frutos del campo son llevados a la Virgen en gratitud por su mediación para la obtención de la cosecha. Pero en el Pino hay unos símbolos más concretos: la devoción a Nuestra Señora, representada en la preciosa imagen y su no menos hermoso santuario de Teror. Devoción y romería en la celebración religiosa, a la que también se une la fiesta profana del timple y la isa, el baile, el vino tinto y el pizco de ron. En el Pino se encuentran todos los grancanarios de los más distintos rincones, con devoción o sin ella. La tradición se sitúa por encima de las creencias. Al fin y al cabo, el Pino y la Rama son dos señales de nuestra identidad.

A. H. P.